

Aude

*ÚLTIMO PUERTO**

AUDE ha publicado libros de cuentos, entre ellos *Cet imperceptible mouvement* (“Ese movimiento imperceptible”, XYZ editores, 1997, Premio Literario del Gobernador General de Canadá), y novelas como *Lenfant migrateur* (“El niño migrante” XYZ editores, 1998) y *Lhomme au complet* (“El hombre por completo”, XYZ editores, 1999)

*) El título, como las demás palabras marcadas en *cursiva* en este cuento están en español el texto original (*N. del T.*)

A GATAS BAJO LA MESA, perdido en la grisura de una fonda, Xavier busca la llave que dejó caer al sacar un pañuelo raído de su bolsillo. A oscuras palpa el piso cubierto de colillas, de sobras de comida y otros desperdicios. Es incapaz de comprender cómo pudo arribar a tal naufragio. Está ebrio, pero no tanto como para olvidar o dejar de sentir asco. Sin embargo, el alcohol ya no puede desanudarle la garganta. Se golpea la cabeza al emerger de las profundidades.

La noche bochornosa se le pega a la piel como una capa de chapopote. Al sentarse, Xavier barre con la mirada la inmunda cantina. Sus ojos se empañan de inmediato, pero él no sabe si es a causa del cigarro, del sudor que gotea de su frente y le quema los ojos, o de la tristeza que lo inunda. Todo se amalgama en un dolor sordo y confuso donde ya no se puede distinguir qué viene del cuerpo y qué del corazón.

Una lluvia súbita comienza a martillar las láminas del techo y por momentos ahoga la voz lacrimosa que surge de una vieja sinfonola. Todo en este lugar parece haber sido rescatado de un basurero público. También los hombres y las mujeres, sucios y rotos, y el mismo Xavier, que no se ha rasurado ni cambiado de ropa en siglos. Todos se mueven como si caminaran sobre cuerdas, oscilando de izquierda a derecha, equilibristas incapaces de caer más bajo.

La mujer sentada a su lado se mueve. Él se había olvidado de su presencia. Ella apaga su cigarrillo y bebe un trago de tequila directamente de la botella puesta frente a ambos sobre la mesa. Él está raramente consciente de que ella está ahí. Sin embargo,

siempre que Xavier entra, ella deja la barra, lo sigue y se instala en su mesa.

La primera vez, lo había abordado diciendo algunas frases en español, que él no había entendido: no sabe más que un par de palabras útiles... *No hablo español*. Ella se había sentado, murmurando un *no importa*. Después, sin realmente unírsele, todos los días regresaba a sentarse junto a él. Bebía y comía a costillas de Xavier.

En cuanto él se levanta y regresa, tambaleante, a su hotel situado al otro lado de la calle, ella lo acompaña. Nunca se han tocado. Ella se extiende simplemente a su lado sobre un colchón lleno de parásitos. Así, completamente vestidos, ambos duermen sin mayor consideración que la de permitir que sus soledades se acuesten lado a lado. Al alba, la mujer desaparece sin hacer ruido.

Xavier mira a la mujer, pero no llega a verla claramente. Una vez llegado a cierto estado, él navega en la tinta de un pulpo. Y cada vez con más frecuencia, se hunde en piélagos abismales. Esta noche, será ella quien lo arrastre al hotel.

Xavier hace un esfuerzo, abre los ojos cuanto puede, trata frenéticamente de distinguir los trazos de esta mujer que en realidad nunca ha podido ver. Ella contempla perdida la distancia, como si buscara un horizonte en donde fijar su mirada ahora que, según él, no existe frente a ella más que el patético espectáculo de unos cuantos seres que se han ido por el caño. Por tratar de concentrar su atención de este modo, Xavier siente náuseas. Se yergue con demasiada brusquedad y su cabeza choca contra la pared tras él.

Con el cerebro nublado, Xavier trata inútilmente de recuperar algunas frases clave en español, para establecer contacto. Hurga en sus bolsillos y saca su pequeño diccionario. Pero su vista está tan borrosa que no puede leer nada. Guarda de nuevo el libro en el bolsillo, se vuelve hacia la mujer y lanza:

–*¿Te... qui... la?*

Luego, deja caer la cara sobre la mesa.

Durante la noche, cuando emerge un breve instante de su sueño inestable, gira la cabeza para ver si la mujer está acostada junto a él. Habiéndola visto, vuelve a zambullirse en sus agitadas pesadillas. Por la mañana, cuando mira de nuevo a su lado, ella ya no está. El colchón parece una balsa perdida en el mar.

Xavier decide lavarse y cambiarse, cosas que no ha hecho en mucho tiempo. Se mantiene de pie por casi una hora, y ya no se

siente mareado. Todo un récord para el último mes. Antes, no bebía tanto, y menos si no había caído la noche; pero desde que eligió al trópico para su deriva, pierde un poco más de Norte cada día. Recorre la cortina de la ducha, pero retrocede de inmediato con un grito en la boca al ver tres enormes coleópteros verdosos en un rincón de la cabina. Regresa a la recámara, abre una botella y bebe a bocajarro con tragos voraces.

Al atravesar la calle, da media vuelta para ver el letrero metálico que se bambolea en el viento y chirría lúgubrementemente. *Último puerto*. Xavier no se había fijado hasta ese momento en el nombre del hotel en el que lleva hospedado ya semanas. Se detiene. Último puerto. El mar está a más de cien kilómetros de distancia. Se vuelve hacia la cantina. *Faro de Tinieblas*. Saca su diccionario. Los claxonazos y las mentadas de madre lo asustan y, equivocando su búsqueda en el libro, reanuda su camino con paso nervioso. Encuentra: *Farro*: cebada molida; *Tinieblas*: oscuridad. Perplejo, Xavier franquea el umbral de la Cebada Molida de la Oscuridad.

Es la primera vez que no ve a la mujer en la barra. Xavier apenas alcanza a sentarse cuando el *patrón* llega a servirle un *Fuego*, como hace todos los días como gesto de bienvenida en lo que le trae la botella de tequila y la botana. Se trata de una mezcla explosiva de mezcal, Martini Dry y Curaçao que normalmente Xavier baja de un solo golpe. Pero esta vez, antes de tocar el vaso, sujeta al patrón por la manga. *¿La señora?* El hombre gordo de mirada cobriza se zafa sin decir palabra y se aleja, encogiéndose de hombros.

Ayer, Xavier estaba apenas consciente de la existencia de esta mujer, y hoy resulta que le hace falta. Su ausencia reaviva en él el dolor que ha tratado de ahogar desde que salió de su casa, rumbo al Sur, para hundirse en el olvido. Empina el cocktail demasiado azul, que él ha rebautizado como "limpiavidrios", luego abre la botella y bebe algunos tragos.

Durante las horas siguientes, Xavier espera, obsesionado por el vacío a su derecha. El alcohol es ahora incapaz de apagar el incendio en su cabeza.

Xavier se levanta, atraviesa la cantina y se dirige al corredor sombrío que lleva a los baños, situados en lo bajo de una escalera tan estrecha que sólo una persona puede pasar a la vez. Tan pronto comienza a descender, un fuerte hedor se aferra a su garganta. Xavier entra en una especie de calabozo iluminado por un viejo farol de barco que arroja una luz enferma. Las primeras veces, de pie frente al mingitorio o de cuclillas encima de la repugnante taza, Xavier había tenido que cerrar los ojos y apretarse la nariz para no vomitar. Con el paso del tiempo, le fue perdiendo el asco al lugar, poco a poco lo empezó a sentir como parte de su casa. Hoy, sin embargo, la repulsión que lo asalta es tan fuerte que lo obliga a subir a la carrera y a salir en búsqueda del oxígeno exterior.

El aire es pesado, carga el olor del ganado encerrado en los grandes corrales que rodean el pueblo. Xavier se dirige a la parte trasera del edificio. Orina entre los yerbajos, mirando el graffiti en el muro sucio y agrietado en partes. Está a punto de regresar a la cantina cuando una de las inscripciones llama su atención. La iluminación es pobre, y por un momento Xavier cree que se ha confundido. Saca su encendedor y lo prende. *Ángela, faro de Xavier*. Los trazos rectos diseñados casi inocentemente por el autor del mensaje para producir un efecto similar al de los rayos del sol. La garganta de Xavier está tan crispada que le cuesta trabajo respirar. Tiene miedo de encontrarse en medio de un delirio etílico.

Xavier siente una sed repentina.

Al entrar, ve a la mujer sentada en su mesa. Sus manos comienzan a temblar. Se pasa rápidamente los dedos por el cabello y echa un vistazo a su ropa. Una vergüenza inesperada lo invade. Parecería que acaba de despertarse de un desmayo. Paralizado junto a la entrada, ve cómo el patrón, con un gesto de impaciencia, le señala a la mujer al tiempo que lanza un ¡hey!

Xavier se sienta, pero guarda distancia. Tanto se arrepiente de no haberse bañado ni cambiado de ropa, que lloraría.

La mujer tiene puesto un vestido de algodón con grandes flores estampadas, y despide un aroma de mimosas. Con la mirada busca como siempre su horizonte imaginario. Xavier abre su diccionario y busca las palabras que la puedan regresar a su lado, una cuerda que le permita acercarse a ella, evitar que vuelva a desaparecer.

¿Su nombre? Ella se vuelve y lo mira. Ángela. Xavier permanece inmóvil un instante: no había contado con que ella respondiera. De su bolsillo extrae rápidamente un lápiz y un pedazo de papel arrugado. *Por favor, escríbalo*. Al inicio de su viaje, pedía que le escribieran todo: de esa manera él podía descifrar los mensajes con tiempo. Al tomar ella el lápiz, su mano roza la de él. Xavier está tan nervioso que su frente se baña en sudor.

Cuando ella termina de escribir su nombre, él regresa a su diccionario. *¿Habitar?* Al decir la palabra, le indica con el dedo el trozo de papel. Ella levanta la mirada. *No comprendo*. Él hojea nerviosamente en su librito. *¿Domicilio? ¿Residencia? ¿Casa?*

Ella lo mira, burlona. Xavier baja la cabeza. Es tan ridícula su repentina urgencia por conocer a esta mujer a cuyo lado ha pasado

los días y ha dormido las noches durante más de tres semanas, sin nunca dirigirle la palabra, vamos, sin siquiera echarle un ojo...

Ella escribe algo en el papel y se lo tiende: *Vivo a orillas del mar*.

En el tren que los lleva a la costa, Xavier contempla a la mujer que se asemeja a un faro en sus tinieblas.

Germaine Dionne

COMO UNA BESTIA

GERMAINE DIONNE ha publicado varios cuentos y espera publicar una novela antes de que se acabe el año.

HACÍA MI MALETA. Después de cumplir setenta años, la hacía todos los días en la cabeza. Mis setenta años fueron el año pasado.

–¿Empacaste tus medicamentos?

–Sí, Raúl.

–Llévate un abrigo. Aún en julio, las noches son frescas allá.

–Lo sé, Raúl, lo sé.

–Debiste haber hecho una lista. Sin lista, se te va a olvidar cualquier cosa.

–Pero no, Raúl, no se me olvida nada, no te preocupes.

–No hay ruido arriba. Te apuesto que Francisca no se ha despertado. Le voy a telefonar.

–Está bien, Raúl. Ve a telefonar.

Mi marido echó a andar su vencido cuerpo y lo arrastró por fin fuera de mi vista. No soporto a los viejos. Son desesperantes.

Me casé con Raúl en 1948, seis meses después de habernos conocido en casa de los Bloomingdale. Mientras él acarrea a esas finas personas en limosina, yo bañaba sus perritos y limpiaba sus hijitos. Me encanta el olor del agua de lavanda y el sol a pedazos sobre el parquet encerado. Pero odio a los niños. Sobre todo esas cositas rubias, lechosas y llenas de desprecio que la gente rica tiende a engendrar. Mi aversión por los pequeños no impidió que Raúl me enjaretara tres en los primeros años de nuestro matrimonio. Raúl le tenía una fe dura como el hierro al instinto maternal. Yo jamás lo vi pasar.

Estaba terminando de cerrar mi maleta cuando Francisca, nuestra hija mayor, entró como torbellino en nuestro departamento.

–Me quedé dormida. ¿Estás lista?

El rostro cansado y el cabello hirsuto, estaba vestida como muñeca de trapo. Su aliento apestaba a colillas viejas. Le pedí que se calmara, todavía teníamos una buena media hora por delante. Pero sus nervios no aflojaron y sus ojos miraban en todas direcciones, como buscando de dónde llegaría la próxima desgracia. Buscó en sus bolsillos y sacó un cigarrillo.

–No es bueno que fumes en ayunas. Si no por otra cosa, por el aliento...

–¡Di de una vez que me apesta el hocico! –me gritó furiosa.

En pocos segundos, había vuelto a subir a su piso.

Francisca se mudó al departamento sobre el nuestro después de su divorcio. Cuando no lograba sobrecargarse de trabajo y estaba por ello forzada a dejar su oficina antes de la media noche, pasaba a tomar prestadas unas novelas, o sacaba a mear a Pepita, una horripilante yorkshire con medio cuerpo paralítico. Aparte de la amargura, Pepita era lo único que le quedaba de sus diez años de matrimonio.

Volvió a bajar unos minutos más tarde, con paso rápido y un poco más fresca. Me disculpé con ella por mi falta de tacto.

–No tiene importancia– me aseguró–. Estoy acostumbrada.

Luego, en un tono de falsa alegría, me preguntó si estaba lista para la Gran Salida.

–Y hablando de grandes salidas– le dije–, ¿ya te conté cómo terminó la última excursión en autobús con el grupo de viejitos?

Ella me fulminó con la mirada.

–Luego de cincuenta kilómetros de estar perdidos, izas!, una crisis cardíaca. Después de dos horas, todavía no llegaba la ambulancia y el aire acondicionado estaba descompuesto. ¿Te imaginas? En plena canícula.

–Mamá, te lo suplico, no hagas bromas con eso. Y deja de llamar “viejitos” a tu grupo de viaje.

–Y tú deja de decir que es MI grupo. No es MI grupo. Yo apenas frecuento a esa gente. Si el club no ofreciera de vez en cuando viajes interesantes, con gusto los dejaba de ver. ¿Tú crees que es divertido oírles hablar de vesículas reventadas, de hemorroides con comezón y de próstatas atrofiadas?

–Ahí vas otra vez, siempre exagerando. La mayoría de los miembros de tu club tienen buena salud y disfrutan de la vida plenamente. Deja de lamentarte, ¿quieres? Piensa en papá, que ya no puede caminar bien, ni viajar, ni salir de paseo como tú.

Miré a Raúl. Con su gorrita puesta y su aire lastimero. Cada vez que me ausentaba tenía esa expresión miserable. Creía ablandarme con ella, pero yo sabía bien que él detestaba viajar. Sus piernas eran más fuertes de lo que él creía, y no habría sabido qué hacer con ellas.

En un tono más seco del que hubiera querido, puse fin a la conversación.

–En vez de jugar a ser mi conciencia, ayuda a tu padre a llegar al coche. Es hora de partir.

*

El autobús estaba estacionado frente a la iglesia. El chofer, un pie recargado en la defensa delantera, fumaba tranquilamente un cigarro. Observaba con ojos sombríos cómo los hijos y los nietos decían sus adioses a las mamis y papis endomingados.

Mientras Raúl se extirpaba lentamente del auto, yo atravesé la calle para reunirme con Isabel. Ella iba de un grupo a otro tratando de socializar, pero las viejas damas perfumadas ostensiblemente le daban la espalda cuando ella se les acercaba. Yo no quería a Isabel más que a cualquier otra, pero su voz chirriante tenía la ventaja de alejar a todo el mundo. Después de hacerla mi compañera de viaje, me pude ahorrar los intercambios de banalidades que son tan usuales entre viejas urracas.

Isabel me recibió como si yo hubiera sido Dios en persona, y aumentó el volumen de sus graznidos. Su desagradable voz agilizó las despedidas a nuestro rededor e inició un movimiento en masa hacia el autobús. Mi hija me dio una palmada en el hombro.

–Metí tu maleta al autobús.

Luego, con cierta incomodidad, agregó:

–Bueno, es el momento de despedirnos.

Me tomó por las mejillas, me deseó buen viaje y me hizo prometerle que no me preocuparía. Ella se encargaría de cuidar a Raúl, y si por alguna razón no pudiese dejar la oficina, Jimena o Lorenza tomarían la estafeta.

–Tus hijas se ocuparán de su padre, no tengas pendiente.

Yo no tenía pendiente. Pendiente alguno. Luego de un último “diviértete”, ella se alejó discretamente para dejarme frente a frente con Raúl. Al envejecer, todos los músculos del cuerpo de Raúl perdieron consistencia, incluyendo el corazón. Con una lágrima en el ojo, me tomó en sus brazos y yo, yo lo apreté un

poco más fuerte que lo acostumbrado. Uno no debe abrazar a los viejos distraídamente. Luego se les ocurre morir en cuanto uno les da la espalda.

*

Le dejé la ventana a Isabel y me instalé en el asiento del lado del pasillo. Ella se la pasó hablándome de sus nietos y eso me hizo pensar en los míos. Ya casi me había olvidado de ellos. Debo decir, en mi defensa, que no los veía muy a menudo. Jimena, mi segunda hija, vivía en una granja alejada y sobrevivía de algún modo a base de germen de trigo y jugo de zanahoria. Venía a nuestra casa una o dos veces al año y se conseguía una migraña de tres días “por culpa de la contaminación”. Sus tres hijos, que ella educa en un ambiente sin violencia, y por ello sin televisión, se petrificaban ante nosotros desde que ponían un pie en la casa. Su marido, una enorme y jovial bola de pelos, interrumpía su cura de jugos de zanahoria y se tomaba unas cervezas “para complacer al suegro”.

—¿Carlota? ¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?

—Claro que sí, Isabel, escucho... Pero ahora tengo que ir al baño...

Me balanceé hacia el fondo del autobús, golpeando codos, rodillas y hombros. Los pasajeros aceptaron mis disculpas con diversas muecas de dolor, y luego reanudaron sus conversaciones.

Me crucé con el señor Groslot, que me advirtió que me sujetara bien.

—¡Tuve un pequeño percance allá adentro!

Abrí la puerta del baño y me di cuenta de que habría sido mucho mejor si el señor hubiese meado sentado. Me salpiqué la cara con agua fría y volví a pensar en mis nietos. Recordé que no eran ni feos ni estúpidos, pero dudé con sus nombres. Busqué a su abuela en el espejo, pero lo único que encontré fue una mujer vieja.

Al salir del baño, tomé la decisión de comprarles un televisor.

*

De regreso en mi lugar encontré, no sin placer, a Isabel dormida. La había tumbado una de esas revistas dedicadas a las mujeres de la tercera edad. La recogí. Llamada *El Segundo Aire*, ofrecía

artículos con títulos tan deprimentes que deberían rebautizarla como *Último Suspiro*: “Domar la artritis”, “Escapar a la osteoporosis”, “El luto nos hace crecer”... Bajo la rúbrica “Testimonio”, contemplé por un instante el cuerpo atlético de un hombre de unos sesenta años fotografiado en plena acción en una cancha de tenis. El artículo se intitulaba: “Incontinente pero feliz”. Volteé la página con un golpe seco. ¿Cómo puede uno mearse en los calzones y mantener la sonrisa? Esta forma de gozosa agonía me reventaba. El mes entrante, ¿qué nos presentarán? ¿Una mujer en traje de golf declarando “Incontinente y orgullosa de serlo”? Asqueada, seguí leyendo. Mi naturaleza me obligaba a nutrir mi indignación.

Entre los anuncios de medicamentos, de sillas de ruedas y de pañales para adultos, encontré un artículo sobre el orgasmo clitórico en la octogenaria. Me carcajeé para adentro. Con las piernas encorvadas, deforme y sin hombre, abuelita se podía venir hasta los cien años. La revancha de abuelita contra abuelito. Ni falta que hace decir que un orgasmo así es meritorio. Después de todo el tiempo que una vivió sin él. Mis hijas, por ejemplo, pasaron más tiempo buscando sus zonas erógenas que encontrando un sentido para sus vidas. Personalmente, yo detestaba el sexo. Sobre todo desde que se volvió obligatorio.

Las últimas páginas de la revista estaban dedicadas a la alimentación: “Fibra hoy, fibra siempre”, “El brócoli: enemigo del cáncer”, “Comer ligero: un boleto para la eternidad”. ¿Pero a quién se le ocurre querer alargarnos la vida adelgazándonos las salsas? Ir a un restaurante con mis hijas se ha convertido en un auténtico suplicio: “¡Ponle menos mantequilla! –¿Tocino, a tu edad?, ¿quieres que el colesterol te reviente las venas? –¿Helado de chocolate antes de dormir? ¡Ni se te ocurra, el chocolate está lleno de cafeína!” Un día les dije: “¿Qué es lo que más les gustaría, hijas mías? ¿Que me muera de un infarto, de cáncer, o de vejez? Hagan su elección y búsquenme el menú apropiado.”

*

Isabel se despertó de golpe. Como la tele. Le hice una señal para que bajara el volumen. Ella respiró profundamente, y logró interrogarme sin gritar.

–¿Qué hora es? ¿Nos vamos a parar a comer?

La pregunta me hizo el efecto de una ducha fría. Al dejarme

llevar de esa manera por mis pensamientos, casi se me había olvidado el horario. Consulté mi reloj. Según el itinerario que habían distribuido en la mañana, nos pararíamos a comer en unos quince minutos. Clavé mis ojos en el camino mientras escuchaba distraída el parloteo de mi compañera de viaje.

*

A las 11:55, el autobús salió de la autopista. A las doce en punto se detuvo en el estacionamiento de un minicentro comercial. La presidenta del club, la señora Bonneville, nos recordó que teníamos una hora para comer. Esto ocasionó un pequeño caos y los viejitos se amontonaron en la salida. Fui la última en bajar, con mi maleta en la mano. La presidenta, que se había apostado a un lado de los escaloncitos para impedir que sus ovejitas tropezaran, lanzó una mirada negra a mi equipaje.

—¿No crees que va a ser un poco incómodo cargar con eso aquí?

Y agregó, con ironía:

—¿Tienes miedo de que te la vayan a robar?

Le expliqué con aire contrito que mi pomada para las hemorroides estaba en la maleta, pero como no había podido abrirla antes de bajar del autobús, la llevaría al baño para buscarla allá.

—No te preocupes. La regresaré al autobús antes de ir a sentarme con los demás.

Ella me explicó que perdería bastante tiempo, y que si hubiera leído el folleto *Cómo hacer el equipaje*, que el club con tanta gentileza había distribuido *gratuitamente*, entonces sabría que aquellos medicamentos que son de uso frecuente deberían llevarse en la bolsa de mano. Le presenté mis más abyectas disculpas y la seguí hasta la entrada del restaurante. Me encerré unos minutos en el baño y al salir del establecimiento, le hice una pequeña seña con la mano. Rodeé una farmacia y una tienda de ropa para mujer. Atrás, llamé a un taxi que esperaba cliente.

*

Luego de haber hablado del tiempo que haría en los próximos días, el chofer no me dirigió la palabra por el resto del trayecto. Mientras miraba los edificios pasar al otro lado de la ventanilla, me pregunté cuánto tiempo necesitarían para encontrarme. ¿Un

día? ¿Dos? ¿Una semana? Me encogí de hombros. Lo importante era portarse como una bestia. La expresión no era mía pero me gustaba. Fue Lorenza, mi hija menor, quien me la enseñó. Cuando ella decía “ayer me porté como una bestia”, oía las explosiones y veía los fuegos artificiales en sus ojos. Cuando cumplí setenta años, luego de que todos los invitados me hubieron deseado pendejadas como “buena salud” y “muchos años más”, Lorenza me dijo, un poquito borracha: “Yo, lo que te deseo es que te portes como una bestia. Si no lo haces, no sabrás de lo que te pierdes. En serio.”

*

El taxi se detuvo frente a un hotel de varias estrellas. Por lo menos dos más de las que me podría permitir. Me ofrecí una habitación con vista panorámica y jacuzzi. Desempaqué lo poco que traía conmigo y bajé al restaurante. Ordené una ensalada de jamón, una omelette de tocino y helado de chocolate. Me comí hasta el último grumo de dos cazuelitas de mantequilla. Cuando terminé mi helado y mi café, el mesero se acercó.

–¿Desea la señora alguna otra cosa?

Levanté la mirada y le sonreí.

–Gracias, no. Estoy bien.

Y cerré los ojos para poder oír mejor las explosiones.